

LOZADA PEREIRA, BLITHZ.

Políticas científicas, tecnológicas y de innovación en Bolivia (2006-2016). Editorial del Instituto de Estudios Bolivianos. La Paz, 2016.

CIENCIA Y EDUCACIÓN EN BOLIVIA: SOBRE LA OBRA DE BLITHZ LOZADA PEREIRA

Hugo Celso Felipe Mansilla

Es un honor resumir el último libro del profesor Blithz Lozada Pereira, notable catedrático universitario con una abundante obra en los campos de la filosofía y las ciencias sociales. Y esta referencia al honor se debe a una virtud que tiende a desaparecer: la valentía cívica. En una sociedad que premia el acomodo fácil a las modas ideológicas del día, no es habitual una crítica profunda a las políticas públicas del momento y a la atmósfera cultural que las hace digeribles. La crítica de Lozada Pereira está dirigida al campo de las líneas directrices en la promoción de la ciencia y la tecnología en los últimos diez años del actual régimen boliviano¹.

Como nos muestra detalladamente el autor, la década gubernamental comprendida entre 2006 y 2016 no se ha destacado por el fomento de la investigación científica ni tampoco por la ayuda estatal a favor de la innovación tecnológica, pese a la bonanza económica experimentada en el mismo periodo y a pesar del notable incremento de fondos fiscales. En realidad esta tendencia al desinterés por ambas actividades conforma una de las constantes más evidentes en la historia boliviana. El régimen del presente ha exhibido su carácter conservador al preservar cuidadosa-

¹ Blithz Y. Lozada Pereira, *Políticas científicas, tecnológicas y de innovación en Bolivia (2006-2016)*, La Paz: IEB, 2016.

mente estas viejas corrientes de orientación, aunque verbalmente se declare partidario del cambio radical y de una nueva visión de las relaciones humanas. Ahí reside una de las grandes falencias del gobierno populista. Como afirma la presentadora del libro, *María Luisa Talavera Simoni*, “al llegar al final de la lectura del texto se constata que Bolivia perdió una oportunidad única en su historia para cambiar su situación económica estructural y para proyectar una nación fuerte con desarrollo sustentable”². En una palabra: los recursos financieros del Estado, que alcanzaron un nivel nunca visto anteriormente, fueron gastados –o malgastados– en la misma forma que en que esto ocurrió en gobiernos anteriores. Esta constelación se refleja también en la educación primaria y secundaria, que ha ido deteriorándose sin cesar dentro del contexto mundial. No es sorpresivo, entonces, que las reparticiones oficiales del Estado boliviano se nieguen totalmente a permitir comparaciones supranacionales en temas educacionales y a publicar los indicadores correspondientes. Blithz señala, por ejemplo, que el país no tiene indicadores estandarizados para medir las capacidades de los alumnos en lo referido a comprender un texto en la propia lengua materna o a realizar cálculos matemáticos simples. Nos dice el autor a la letra:

Todos, el gobierno, el sindicato, los profesores, los padres de los estudiantes, los alumnos y el conjunto de la comunidad educativa se mienten y se sienten impávidos frente a una realidad vergonzosa: los jóvenes próximos a ser bachilleres no saben leer ni escribir y son incapaces de realizar operaciones aritméticas elementales [...] Evadir la comparación internacional que solo se da a través de indicadores estandarizados es la forma más cómoda de regodearse en la paupérrima calidad científica de la educación, dándose la posibilidad de la mayor y extrema obsecuencia y cinismo [...] Que a renglón seguido los politicastos se engolosinen con discursos retóricos que nadie cree y muchos repiten, es una consecuencia invariable de la cultura institucional forjada y manipulada. Tal es el secreto detrás de la supuesta aversión a los indicadores [...] Pese a que Bolivia es parte de varias redes internacionales [...], las autoridades encargadas del país se han negado sistemáticamente y casi sin excepción desde 2003 a elaborar indicadores de investigación y desarrollo³.

Bolivia aparece, lamentablemente, como una de las naciones latinoamericanas que asignan menos recursos a la investigación científica y al de-

² María Luisa Talavera Simoni, *Presentación*, en: Blithz Y. Lozada Pereira, Op. Cit. (Nota N° 1), p. 12.

³ Blithz Y. Lozada Pereira, Op. Cit. (Nota N° 1), pp. 54-5.

sarrollo de la innovación tecnológica; el número de patentes bolivianas registradas internacionalmente es extremadamente bajo. Algo similar ocurre con el área de humanidades⁴. Nuestro autor ha descrito convenientemente la actitud provinciana y pueblerina –es decir: conservadora– de los responsables por la educación pública. Acerca de ellos Blithz afirma:

Sus acciones están condenadas a que no tengan relevancia sostenible, sean socialmente inútiles para el futuro y que atenten contra cualquier posibilidad de bienestar, con el riesgo agravante de daño al medio ambiente y a la población. Además, tales decisiones condenan a la sociedad a que sufra las consecuencias de acciones marcadas por la ausencia de preparación y conocimiento, motivadas por el interés inmediato de facciones o personas, que aparece ajeno al bien común, a las proyecciones sociales sustentables, y al quehacer de la ciencia, la tecnología y la innovación⁵.

La resistencia de las instituciones gubernamentales a permitir comparaciones supranacionales y, en general, a enterarse de lo que ocurre en los campos de la ciencia y la educación fuera de las fronteras bolivianas, convierte a las gestiones de los ministerios correspondientes en una actitud reiterativa que, como asevera nuestro autor, promueve “réditos asistencialistas” y “eficientes redes de venalidad”⁶, pero deja de lado políticas públicas racionales y modernas. Otra consecuencia que indica Lozada: el negarse a publicar indicadores en los terrenos de la ciencia y la educación favorece la arbitrariedad de las acciones gubernamentales, diluye los objetivos de programas estatales a largo plazo y “ofrece el escenario más cómodo para que el gobierno no ceje en su propósito de elogiarse a sí mismo, haciendo referencia sólo a aspectos sesgados”⁷.

Las labores gubernamentales en los campos de la ciencia y la educación tienen, afirma el autor, “una sobrecarga de lo endógeno, signos de un lamentable complejo de inferioridad y una actitud que desprecia y denigra el conocimiento científico y tecnológico universal”⁸. “El discurso de valoración de los saberes silenciados, aplastados y despreciados de las culturas tradicionales se convierte en abiertamente chauvinista, despreciando lo universal, y se lo presenta como superior, previéndose un futu-

⁴ Ibid., p. 61, 67.

⁵ Ibid., p. 42.

⁶ Ibid., p. 52.

⁷ Ibid., p. 53.

⁸ Ibid., p. 76.

ro ineluctable de abundancia de innovaciones promisorias”⁹. De acuerdo a nuestro autor, todo esto ha conducido a evitar la responsabilidad gubernamental en temas de investigación y desarrollo y, en cambio, a promover “la discrecionalidad opaca”¹⁰ de los procesos políticos decisorios.

Por otra parte, nuestro autor tiene una visión idealista sobre el valor ético del conocimiento y, al mismo tiempo, una opinión negativa acerca del gremio de los políticos, a quienes califica como espíritus prosaicos, muy alejados de normativas morales y simultáneamente, desinteresados por el ámbito de la cultura y del saber. En este contexto Blithz Lozada se adscribe al principio socrático de que el mayor mal es la ignorancia y el mayor bien el conocimiento. “[...] lo único que la sociedad debe combatir denodadamente”, nos dice, “es la carencia de conocimiento y las actitudes de desvalorarlo”¹¹. Ignorar los adelantos contemporáneos en materias científicas y tecnológicas y desdeñar los procedimientos modernos para medir los resultados prácticos en materias educativas son dos maneras de cultivar la demagogia¹², aunque este procedimiento sea congruente con las modas actuales de enaltecer presuntos valores arcaicos de la propia herencia cultural.

Lozada Pereira llega a conclusiones pesimistas. En la última década de la historia boliviana habría prevalecido “la retórica”, el “culto a la personalidad” y la “primacía de intereses simbólicos y electorales” en lugar de políticas públicas diseñadas para el largo plazo, como son las educativas y científicas. Nuestro autor afirma que la continuación de esta situación por mucho tiempo nos conducirá a mantener aquellas precondiciones sociales y culturales que, a su vez, son las causantes de la pobreza, la informalidad y el subdesarrollo del país¹³.

Quisiera complementar las tesis de Blithz Lozada Pereira mediante una pincelada crítica en torno a un problema educativo típico de Bolivia, que es el funcionamiento *efectivo* –no el retórico-teórico– del sistema universitario. El rasgo que más ha llamado mi atención es la falta de curiosidad e imaginación entre los estudiantes de las universidades. No debo generalizar injustamente, porque hay muchos universitarios que indagan sobre su ámbito social e investigan acerca de numerosos dilemas nacionales.

⁹ Ibid., pp. 76-7.

¹⁰ Ibid., p. 77.

¹¹ Ibid., p. 7, 26.

¹² Ibid., p. 30.

¹³ Ibid., pp. 114-5.

Pero el ancho mundo les tiene sin cuidado, como si no viviésemos en un planeta pequeño y fuertemente intercomunicado. Aristóteles señaló que la capacidad de asombro es esencial para el quehacer filosófico, el cual debe ir unido al rigor científico¹⁴. La mayoría de nuestros universitarios no siente, empero, la necesidad de escudriñar sus propios valores de orientación, de cuestionar sus certidumbres ideológicas o de poner en duda lo obvio y presuntamente *natural* de sus tradiciones. Ellos creen que ya saben lo que puede y debe ser pensado y publicado. La universalidad del conocimiento y la investigación científica están vinculadas a dos factores muy conectados con la libertad de expresión, el derecho a la información y la educación racional: (1) el propósito de cuestionar las verdades del momento y (2) el anhelo de comprender el mundo más allá del entorno inmediato. Con peligro de equivocarme, creo que la población universitaria muestra muy poco interés por poner en duda las modas ideológicas que predominan y que siente escasa curiosidad por aprender algo de otros espacios civilizatorios. Los estudiantes prefieren dogmas sencillos que confirmen sus propios prejuicios; lo desconocido no posee ningún atractivo intelectual.

Esta actitud generalizada en medios intelectuales y universitarios, también en gran parte de América Latina, se basa en dos opiniones muy curiosas y llenas de incongruencias. El libro de Blithz Lozada dedica a este problema algunas de sus mejores páginas. Por un lado, y siguiendo las modas relativistas de la época, en el mundo universitario e intelectual del país se afirma que sólo existen verdades parciales vinculadas a contextos culturales diferentes. Por otro, florece la inclinación muy marcada a adoptar gustosamente todo invento y cachivache técnico proveniente de la odiada civilización occidental del capitalismo. Frente a este mar de lugares comunes y al criticar la opinión hoy prevaleciente en el ámbito universitario, Lozada nos recuerda que la ciencia es universal en sus principios y manifestaciones generales. La pretensión de “descalificar” la ciencia y la tecnología occidentales es una manifestación de ignorancia, y el resultado es proclamar “confusos conceptos de idealizados contextos siempre inexistentes”¹⁵. “No existe”, nos dice Blithz, una ciencia para la ‘opresión’ y otra para la ‘liberación’¹⁶.

No se crea que estas expresiones pertenecen al folklore revolucionario de décadas pasadas. Lozada menciona el único evento que el actual gobierno boliviano ha llevado a cabo a favor de la promoción de la ciencia (el *Pri-*

¹⁴ Aristóteles, *Metaphysik* (Metafísica), Reinbek: Rowohlt 1966, p. 9 (= 980a), 13 (= 982b).

¹⁵ Blithz Y. Lozada Pereira, *Políticas...*, Op. Cit. (Nota N° 1), p. 29.

¹⁶ *Ibid.*, p. 45.

mer *Encuentro de Científicos Bolivianos Radicados en el Exterior*, en diciembre de 2015), durante el cual se reiteró enfáticamente la diferencia entre una ciencia opresiva y otra liberadora y la necesidad de fomentar “la revolución científica”, “la liberación científica y tecnológica” y “la consolidación plena y soberana del conocimiento”¹⁷. Como es lo habitual, todas estas expresiones altisonantes quedan en una nebulosa conceptual y programática, sin tener hasta hoy ninguna repercusión en el ámbito de la praxis.

Por razones de equidad hay que considerar también lo siguiente. La universidad boliviana, tanto la pública como la privada, ha cambiado algo en los últimos tiempos. Se percibe el sano intento de acercarse a las normas internacionales y a los parámetros actuales de excelencia. Muchas universidades han instaurado cursos de postgrado, y algunos de ellos poseen un encomiable nivel. Después de décadas (o siglos) de mediocridad, unas pocas universidades estatales se esfuerzan ahora en el fomento de la investigación y hasta en la invención de aparatos técnicos. Sus aportes positivos en los campos de la ecología, la medicina y las matemáticas aplicadas son indiscutibles.

Pero un poderoso factor regresivo sigue tan vigente como siempre: la universidad boliviana es, en el fondo, una prolongación de la escuela secundaria. La inmensa mayoría de los estudiantes tiene como objetivo profesional la adquisición de aptitudes *técnicas* y no el aprendizaje de métodos *científicos*. En este sentido prevalecen todavía como metas normativas de primer rango la mentalidad de la escuela convencional, la enseñanza memorística y el manejo exitoso de trucos y artimañas¹⁸. El ámbito universitario no es, evidentemente, una abreviatura simbólica de toda la sociedad, pero el análisis del mismo nos permite obtener algunas conclusiones provisionales acerca de la mentalidad colectiva prevaleciente en instituciones públicas, mentalidad que es, según mi opinión, la causa principal de los problemas y carencias que analiza nuestro autor Blithz Lozada Pereira. Su libro es un excelente aporte para diluir esa pesada herencia de irracionalismo cotidiano.

¹⁷ Ibid., p. 109.

¹⁸ La representación corporativa de las universidades públicas, el Comité Ejecutivo de la Universidad Boliviana, encargó un extenso estudio llevado a cabo bajo la dirección de un conocido sociólogo español: Emilio Lamo de Espinosa et al., *La reforma de la universidad pública de Bolivia*, Bogotá: Convenio Andrés Bello 1998, donde se analizan muchos de estos temas aquí tratados con un buen fundamento empírico-documental.